

DO DE
TAMO

FBJE.Foll.
001.924

aniversario
guadaira

50



MA Y OR

GUADAIRA

1946

1996

EXCLUIDO
DE PRESTAMO

FBJE. Foll 1924

ín- dice

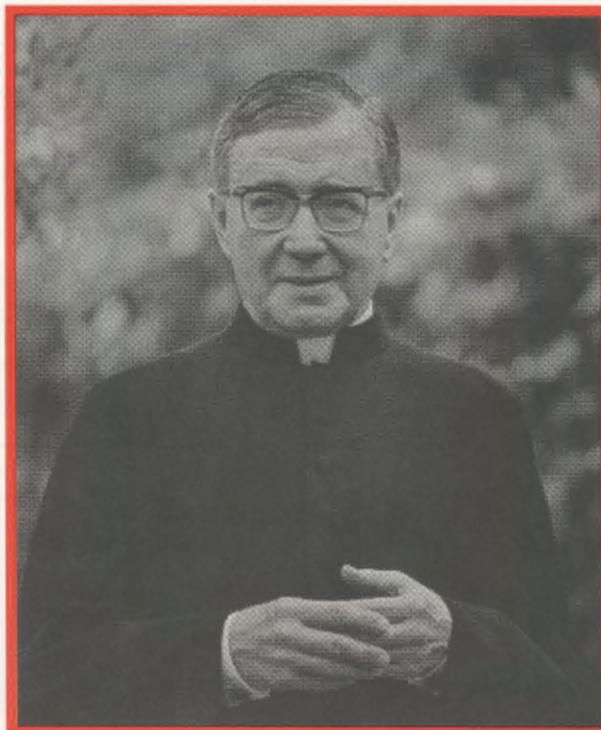
- Hablando “en plata”. **3**
- **Presentación:** *Cincuenta años de Guadaira.*
Victoriano Sainz Gutiérrez, **Director.** **4**
- **Carta** de Mons. Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei. **5**
- **De Canalejas a la Palmera.**
Vicente Rodríguez Casado,
con notas y comentarios de Joaquín Herrera Dávila. **7**
 - Tres etapas.
 - Casa Seras.
 - Buscando Residencia.
 - Un ambiente, un estilo.
 - Guadaira y Sevilla.
 - En el Paseo de la Palmera.
- **El Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y el Colegio Mayor Guadaira.**
Jesús Arellano Catalán. **19**
 - De hoy a ayer
 - Abril de 1938. Ante la Virgen de los Reyes.
 - El Opus Dei en Sevilla
 - En Canalejas 8
 - Espíritu de trabajo y de estudio
 - Libertad, sinceridad y amistad
 - Vida de familia y alegría
 - Una tertulia memorable
 - Desde el cielo y desde la tierra

9 **Universidad de Navarra**
Servicio de Bibliotecas



o aniversario
guadaira





- Hablando “en plata”, Padre: ¿para qué ha puesto la Obra este Colegio Mayor?

- **“Para haceros felices; felices en la tierra, siendo hombres de provecho y buenos cristianos, que procuran luchar contra sus debilidades, porque todos somos pecadores, y así alcanzar después la felicidad eterna del Cielo”.**

Catequesis del Beato Josemaría en España. Tertulia en el Colegio Mayor Guadaira en noviembre de 1972

Cincuenta años de Guadaira

presenta- ción

Es costumbre antigua y loable dirigir la mirada atrás cuando se lleva recorrido un tramo representativo en el camino de la vida. Así ocurre ahora en el Colegio Mayor Guadaira, que contempla ya su medio siglo de vida. Evocar el pasado suele servir para muchas cosas, siempre buenas en general.

Para situar en su contexto el significado que se pretende dar a esta visión del ayer de Guadaira, nada mejor nos parece que recoger unas palabras del que sin lugar a dudas fue su impulsor y promotor directo, el beato Josemaría Escrivá de Balaguer. Como veremos a lo largo de estas páginas, no sólo puede decirse que Guadaira surgió bajo su impulso espiritual, sino que su mismo planteamiento inicial, puesta en marcha y seguimiento, hasta que el Colegio se materializó, fue fruto de su decidido empuje y llevado a cabo personalmente por el Fundador del Opus Dei. Y, por supuesto, después de estar funcionando el Colegio, siguió de cerca su desarrollo hasta que ya no pudo hacerlo en esta tierra porque Dios le llamó a su presencia. Entonces, su ayuda se hizo presente de esa otra forma inefable, como reconocen tantas personas en todo el mundo que acuden a su intercesión.

En la víspera de sus bodas de oro sacerdotales, el día 27 de marzo de 1975, Jueves Santo, hacía así su oración:

“Que me ayudéis a dar gracias a Nuestro Señor por ese cúmulo inmenso, enorme, de favores, de providencias, de cariño..., ¡de palos!, que también son cariño y providencia. Señor, ¡aumentanos la fe! (...). A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea: estoy comenzando, recomenzando, como en mi lucha interior de cada jornada. Y así hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando”.

En los meses pasados, cuando íbamos preparando los actos del cincuenta aniversario, pensamos, además, que deberíamos dejar constancia histórica del testimonio personal de un buen grupo de antiguos residentes, y profesores que vivieron los inicios y el desarrollo de Guadaira. El material que pedimos y hemos ido recibiendo constituirá un libro documentado sobre estos años. Pero, ahora, con motivo de los actos centrales del cincuentenario, hemos querido recoger en un volumen más breve tres testimonios claves para entender el origen y génesis de esta institución universitaria. En primer lugar, la carta que Mons. Javier Echevarría, Obispo Prelado del Opus Dei, nos ha enviado con ocasión de la celebración. Por otra parte, el texto -publicado por primera vez- que el inolvidable Vicente Rodríguez Casado preparó para los 25 años del Colegio Mayor, y que ha sido anotado y comentado por Joaquín Herrera. Y por último, la aportación de Jesús Arellano, en la que desmenuza la relación de Guadaira con el Beato Josémaría Escrivá. Son los testigos de aquellos años, con recuerdos indelebles, que servirán para que los más jóvenes aprecien las raíces de tantas cosas buenas.

Victoriano Sainz Gutiérrez, **Director.**



Roma, 3 de marzo 1997

Muy querido Victoriano: ¡que Jesús me guarde a mis hijos de Guadaira!

Desde que recibí tu carta del pasado 25 de noviembre os he tenido especialmente presentes en mis oraciones. Me da mucha alegría saber que os disponéis a dar mayor relieve a la Asociación de Antiguos Colegiales con motivo del 50º aniversario de la Residencia, pues será un modo estupendo de continuar con la labor formativa —¡la formación no termina nunca!— que aquellos estudiantes recibieron en Guadaira, y que ahora siguen necesitando para corresponder en plenitud a la vocación cristiana en las circunstancias en que actualmente se encuentran.

A la vez, durante este curso, procurad dar muchas gracias a la Trinidad Beatísima por estos cincuenta años transcurridos desde el inicio del actual Colegio Mayor. Es una ocasión estupenda para que renovéis el empeño y la ilusión en vuestra tarea —es un trabajo para todos— para que dé los frutos humanos y sobrenaturales que Dios espera, en primer lugar, en los propios colegiales, y después, en tantísimos hogares y en la sociedad entera.

Para llevarlo a cabo, acudid a la intercesión de nuestro Padre: si lo hacéis con fe y trabajáis con tenacidad, os sorprenderéis de los resultados. Tratadle mucho, profundizad en sus enseñanzas, que son tan ricas y que tanto nos ayudan a acercarnos a Dios. Me vienen a la cabeza en este momento las palabras que pronunció en Andalucía, contestando a una persona que le preguntaba si se podía exagerar en el amor a la Virgen: *¡qué vais a exagerar! La queréis con locura; pero aun esa locura vuestra es demasiada cordura. ¡Queredla más! No se exagera nunca en el amor a nuestra Madre.* Y en otro momento de esa tertulia, concretaba todo un programa de lucha: *de la mañana a la noche estamos pendientes de esa Madre, con oraciones, normas de piedad, jaculatorias personales..., ¡con amor!* Era imposible estar con nuestro Padre y no sentirse contagiado por su amor a Dios y a su Madre, por su celo por las almas: pensad cuánto camino nos falta por recorrer, y tratad de colmar esa laguna laguna intensificando nuestro trato —yo me lo digo también a mí mismo— con él.

Sabéis que contáis con el apoyo de mi oración, pues —os lo repito— a diario pido por vosotros en la Santa Misa.

Os ruego que recéis por mis intenciones.

Acabo con otras palabras del Beato Josemaría, mientras me uno a la bendición que, con don Alvaro, envían desde el Cielo para los residentes de Guadaira y para sus familias: *¡qué amor tenéis a la Virgen aquí, hijos míos! Que Ella os bendiga y os guarde! Que os haga limpios, que os haga rectos, que os haga alegres —lo sois—, que os haga felices en la tierra.* Y seguiría diciéndoos otras muchas cosas, pues no os imagináis cómo trabajó, rezó e impulsó esa Residencia queridísima nuestro Padre, y en esa tarea don Alvaro le ayudaba sin pausa. Con todo cariño,

uestro Padre
+ Javier

A large, bold, black stylized letter 'C' that is partially cut off on the left side. It has a thick, uniform stroke.

uadaira

de canale- jas a la palmera



Vicente Rodríguez Casado.

Notas y comentarios de **Joaquín Herrera Dávila.**

Para adentrarnos en los comienzos de Guadaira, contamos con el testimonio que dejó un hombre que unía en su persona una doble condición: ser testigo -protagonista en cierta forma- de esos inicios y ser, además, historiador de profesión. Se trata del Profesor **Rodríguez Casado** que, hasta 1958, permaneció en Sevilla como Catedrático de Historia Universal Moderna y Contemporánea, y Director de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos. A **Don Vicente** le llamaron para que, el 23 de mayo de 1970, durante el acto académico conmemorativo del XXV aniversario del Colegio Mayor, disertara sobre la historia del colegio y su labor universitaria. Estaban presentes el Rector y otros profesores de la Universidad, el escritor **José María Pemán** y bastantes residentes tanto antiguos como los que entonces vivían en Guadaira. Al comenzar su lección subrayó Don Vicente que el orador adecuado para aquella ocasión debiera de haber sido el Profesor Arellano, que tantos años fue director de Guadaira. Después leyó el texto que había preparado y que, hasta hoy, no ha sido publicado. Recogemos a continuación sus palabras, a las que añadimos algunos comentarios, matices y detalles que por no haber podido consultar documentos o recuerdos de otros, no pudo mencionar Don Vicente.

«Quisiera, al comenzar mi intervención en el solemne acto de hoy, disculparme ante vosotros de que haya sido pre-

cisamente yo el elegido por el Director del Colegio para hablaros. Me daba una serie de razones: la principal para él era el que yo soy historiador de profesión y el tema iba a ser de índole histórica.

Pero a mí ese argumento no me convenía. También **José Antonio Calderón** es historiador y, además, como Rector de la Universidad conoce mejor que nadie la historia intelectual de Sevilla en los últimos años. Ciertamente que a José Antonio se le habrían de escapar algunos matices de esta historia íntima, cordial, que supone la vida del Colegio Mayor Guadaira como expresión del espíritu que le informa, que es el espíritu del Opus Dei, de la Obra.

Sin embargo, aunque no sea historiador, sí hay entre nosotros hoy una persona capaz de explicar ese espíritu profundamente, y al propio tiempo hacerlo con el alcance subyugador de la poesía. No creo que nadie dude de a quién me refiero. A quien todos consideramos que hubiese sido el mejor orador en esta ocasión. Mas fue precisamente el propio **Jesús Arellano** el que me dio la mejor razón de todas para que le supliera. Él, que vivió con tanta intensidad la aplicación del modo de ser de la Obra al Colegio Mayor Guadaira, y que después ha contemplado desde fuera con orgullo su etapa de amplio desarrollo, consideraba que fuese yo precisamente el que ahora hablase, porque mi vinculación había sido muy íntima, pero no tan estrecha como la suya. Quizá usó en esta ocasión, una vez más, de su consumada dialéctica. Entonces

me convenció, al menos lo suficiente para verme aquí. Hoy, sin embargo, mi ánimo está más dudoso, y no sé si estoy o no realizando una cierta usurpación de papeles. Hay momentos en la historia de Guadaira en que Jesús Arellano se funde de tal modo con ella que pierde gran parte de su personalidad privada. Guadaira y Arellano fueron durante algún tiempo casi la misma cosa. No creo que ninguno de los residentes de aquel entonces y los que con él trabajábamos desde fuera, se sienta menoscabado por ello. Quizá sea él el único sorprendido por mis palabras. Pero como historiador, ya que como historiador me han llamado, testifico.

Ciertamente, Jesús, que no quiero escandalizarte con lo que acabo de afirmar. Tú, realmente, no tenías la menor intención de que fuese así. Tú, simplemente, eras el medio de que Guadaira creciera en el espíritu de la Obra. Lo conseguiste identificándote lo más posible con ese espíritu. Tu personalidad creció únicamente a impulso de tu continuo compromiso.

Como siempre la vida del hombre está llena de paradojas. El hombre cuando se compromete aumenta su libertad. La libertad no consiste sólo en liberarse de los condicionamientos que nos atan. Consiste más específicamente en adoptar decisiones que llevan consigo compromiso, entrega, responsabilidad.

Pero dejémonos de filosofías, porque si de filosofías se tratase, la razón de ser yo historiador perdería toda su fuerza, y con ella el motivo principal de que me eligiesen para hablarlos. Comprenderéis, sin embargo, que nobleza obliga, y yo me siento ligado a Guadaira, que es la institución, y en cierto modo a Jesús Arellano que es un poco el símbolo de todos los que nos entregamos a ella en los primeros tiempos de su historia. Por eso, si hablo ahora, lo hago en su nombre y en el de todos los que a lo largo de estos veinticinco años nos sentimos ligados y obligados con un Colegio Mayor que constituye en los ambientes universitarios de Sevilla un hecho auténticamente importante.

La historia de Guadaira tiene tres etapas muy claras. La primera, de 1945 a 1951, cuando es sólo una residencia universitaria; la segunda, de 1951 a 1968, cuando se configura como Colegio Mayor Universitario; y la última, al emplazarse en La Palmera.

Tres etapas

La historia de Guadaira tiene tres etapas muy claras. La primera, de seis años, de 1945 a 1951, cuando es sólo una residencia universitaria; la segunda, de 1951 a 1968, cuando con las mismas instalaciones anteriores, se configura como Colegio Mayor Universitario; y la última, al emplazarse en La Palmera.

Pero Guadaira, como todas las instituciones importantes, tiene prehistoria. Y esta prehistoria supone la formulación precisa de un espíritu que luego necesita apoyarse en la materia de unos muros y unas paredes a fin de concretarse y expandirse.

No os voy a hablar, como es lógico, de la dimensión universal del espíritu de la Obra, que es la fuerza actuante de este Colegio Mayor y de tantas otras obras corporativas del Opus Dei, extendidas, gracias a Dios, por tantos países del mundo. Todos los que aquí me escucháis conocéis de ese modo de ser lo suficiente para que no necesite referirme explícitamente a él. No dispongo de tiempo, ni es ésa la ocasión para ello.

Si debo, en cambio hablar de lo que sucedió entre septiembre de 1942 y septiembre de 1945, los años de la gestación de Guadaira, los años, pues, de su prehistoria, que son también de la historia -ahora no prehistoria, sino historia a secas- de la Obra en Sevilla.

Todo comenzó con la llegada a Sevilla por razones puramente profesionales de un grupo, pequeño, de miembros del Opus Dei. Lo profesional, el buen ejercicio de lo profesional, está metido siempre en la misma entraña de nuestra expansión por el mundo. No podía ser Sevilla una excepción. En este caso, un profesor y varios estudiantes que venían aquí a trabajar. No se trataba de hacer una fundación al estilo clásico de la palabra. Se trataba de estudiar para los estudiantes, y estudiar y enseñar para el profesor.

Naturalmente, que este profesor y estos estudiantes eran católicos y estaban enamorados de lo que habían aprendido de Monseñor Escrivá de Balaguer: el mismo hecho de ser católicos les obligaba a trabajar intensamente en su profesión y a aumentar el buen espíritu cristiano de sus compañeros y amigos. ¿Por qué nuestros amigos no iban a participar de nuestra propia alegría?

Casa Seras

El profesor y los estudiantes eran americanistas. Por eso habían venido a Sevilla. Vivían en una residencia oficial, muy cerca de aquí, en la Residencia de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos, que ahora se encuentra emplazada en la calle Alfonso XII, pero que entonces acababa de instalarse en una calle muy corta que da a La Palmera. Era un chalé, que cuando se alquiló, encima de la puerta del jardín, en mosaico sevillano, tenía escrito un nombre: **Casa Seras**. Y con ese nombre fue conocido por todos los que tenían relación con los que allí vivíamos.

Con todo esto no quiero decir, ni mucho menos, que Casa Seras sea el antecedente de Guadaira; sería una inexactitud histórica. Casa Seras era una residencia estatal, con personalidad propia, en la que vivíamos algunos miembros de la Obra, los primeros que nos establecimos en Sevilla, pero eso sí, allí nos encontrábamos en familia. Esa es la razón de que todos conservemos el mejor recuerdo de aquellos días en donde quedaron algunos años de nuestra juventud. Allí vino a vernos, en dos o tres ocasiones, el Fundador de la Obra, Monseñor Escrivá de Balaguer. Allí hablábamos con los amigos de esas cosas íntimas de nuestra familia.

La verdad es que a mí me gustaría en estos momentos ser más que historiador, poeta, para expresar con palabras precisas -eso es la poesía, dar con la palabra exacta el verdadero sentido a la creación- todo lo que representa Casa Seras para los que entonces convivíamos allí; decir llanamente lo que significa esta etapa de juventud que está tan íntimamente unida a la Obra en Sevilla. Pero no soy poeta.

Queríamos conquistar Sevilla, y no teníamos miedo a que Sevilla nos conquistara. Queríamos entrar a formar parte de Sevilla, porque su grandeza no nos asustaba.

Teníamos que decirle algo a Sevilla, aunque en contrapartida Sevilla se nos iba a meter muy dentro, porque el sevillano, con su gracia, con su naturalidad, con su apariencia de tratar las cosas trascendentales de la vida de modo tan poco trascendente, estaba muy en la línea de lo que íbamos a pedirle. Nosotros caminábamos con seguridad, y los sevillanos también. Qué claro veíamos el futuro, hoy tan real.

Muchas lecciones nos dio Sevilla. La fuerza de su cristianismo vivido sin soberbias colectivas de ningún tipo. Y por eso el más apto para resistir los oleajes, algo delicuescentes, que iban a sobrevenir. Y también, particularmente apto para comprender la Obra.

Perdonádmeme que sea quizá poco objetivo al hablar de Sevilla. Desde entonces, desde 1942, me siento andaluz por los cuatro costados, me siento andaluz de esta Baja Andalucía que tiene mucho que decir aún en el concierto de España y Europa, cuando logre deshacerse de algún lastre social que la afea. Por lo menos esa es mi opinión personal. Ese es, a mi entender, el gran reto al que ha de enfrentarse la juventud andaluza de hoy.

Casa Seras era una residencia estatal, con personalidad propia, en la que vivíamos algunos miembros de la Obra, los primeros que nos establecimos en Sevilla, pero eso sí, allí nos encontrábamos en familia.

Pero volvamos a lo nuestro. Aquellos años de Casa Seras estaban llenos de compromiso. Y nos complacía en el alma comprometer a nuestros amigos.

Compromiso, en último término que nunca se ha roto. Compromiso, además, que deja mayor libertad a la persona para

realizarse. A las pruebas me remito. No creo que nadie de los que los conozcan dude de personalidades tan fuertes y tan diferentes, como por ejemplo, **Florentino Pérez Embid, Javier Ayala, Ismael Sánchez Bella o Antonio Fontán**. Ni que tam-

poco que la amistad que nos demostraban otras muchas personas iba en deterioro de nada. Sería injusto si no recordase aquí al Rector **Mariano Mota**, al Director del Archivo de Indias **Cristóbal Bermúdez Plata**, a **Carlos García Oviedo**, entonces Vicerrector. Y cómo no, a mi querido amigo, el actual Rector **José Antonio Calderón Quijano**, a **Antonio Muro**, a **Jesús López Guerrero**, y a tantos otros que fueron compañeros en aquella aventura profesional y espiritual.

Yo estoy seguro que conforme evoco estos recuerdos, muchos de pasada, como es natural, porque el tiempo apremia, a cada uno de los que estamos aquí y vivimos aquella época, se le agolpan una serie de imágenes de donde han desaparecido las "aristas" desagradables y queda sólo lo redondo, lo completo de algo que es bueno y por ser bueno ha sido fecundo.

Se nos ha olvidado ya la fatiga que todo trabajo lleva consigo y nos queda una idea blanca, de limpieza, que es la que preside los años de la primera historia de la Obra en Sevilla. Nunca teníamos tiempo en aquel entonces de mirar atrás. Era tanto lo que había que hacer que las penas, cuando aparecían, no podíamos recrearnos en ellas, se iban solas.

Pero entremos ya en la historia de Guadaira, historia que retorna por la propia fuerza que tiene, porque en sí no es pasado, sino futuro.

Buscando residencia

Los primeros meses de 1945 empezamos a buscar casa para instalar en ella una residencia de estudiantes que iba a ser la primera obra corporativa del Opus Dei en Andalucía. Contábamos con nuestro trabajo y una ayuda económica importante que nos había prometido el Sr. **García Junco**.

El Miércoles Santo de ese año estaba con nosotros **Monseñor Escrivá de Balaguer**. Con él fuimos a ver la casa que nos parecía más adecuada. No quiso entrar en ella, conformándose con las explicaciones que le dimos. Allí, con el coche parado frente a la entrada, se tomó la decisión de comprar Canalejas 8, propiedad del que después fue siempre gran amigo mío, **Santiago Monteflorido**.

El edificio por su disposición y traza exterior le recordó a Monseñor Escrivá aquella otra residencia de Madrid en la calle Ferraz, la del número 16, que muy poco antes de comenzar la Guerra civil española, había sido adquirida para sustituir a la primera residencia de la Obra establecida en una planta de Ferraz 50. La de Ferraz 16, frente por frente al Cuartel de la Montaña, había sido destruida durante la Guerra.

La única diferencia exterior entre la casa de Sevilla y la que por breves días habíamos ocupado en Madrid, era que la entrada de coches de la de Monteflorido estaba situada a la derecha y la de Ferraz 16 estaba situada a la izquierda. La nueva casa de Sevilla, era quizá un poco mayor, porque en Ferraz 16 no existía la planta tercera, retranqueada, y sí en cambio, en la de Canalejas 8.

Aquella visita de Monseñor Escrivá, que me parece recordar fue la tercera que hacía a Sevilla, iba a ser, sin embargo, la primera en que pudimos enseñarle algunas procesiones de la Semana Santa. Ante la naturalidad con que vio tratar a la Virgen por los sevillanos, estoy seguro que también en él quedó prendida la idea de que Sevilla sería siempre un apoyo firme».

Intercalamos a esta altura del discurso de Don Vicente esos otros retazos de la historia que hemos podido reconstruir. El beato Josemaría había salido de Madrid el Martes Santo, 27 de marzo de 1945. Era este su tercer viaje a Sevilla, porque además de uno en 1938, pasó también unas pocas jornadas en la capital hispalense en diciembre de 1943, con Don **Alvaro del Portillo** y Don **José Luis Múzquiz**, que entonces preparaban sus tesis doctorales en la Facultad de Filosofía y Letras.



Fachada principal del colegio Mayor Guadaira, en la calle Canalejas 8. La casa era obra del arquitecto Anibal González.

El Miércoles Santo de 1945 estaba -como recuerda Don Vicente- en Sevilla. Ese día celebró la Misa en Casa Seras. Era el 20º aniversario de su ordenación sacerdotal. Con los que le acompañaban -Don José Luis Múzquiz, ya ordenado sacerdote, y el arquitecto Don **Ricardo Fernández Vallespin**- pernoctó en un pequeño parador de Alcalá de Guadaíra. El objeto del viaje era concretar el edificio para la residencia de estudiantes y proseguir la marcha por Andalucía visitando a algunos obispos, además de buscar casa para instalar otra residencia de estudiantes en Granada. Al beato Josemaría le bastó ver el edificio de Canalejas 8, por fuera, para darse cuenta de que podría servir para residencia. Era amplia y tenía cierto empaque. Don Ricardo y Don José Luis con Don Javier Ayala entraron en la casa y sacaron unos planos que le parecieron bien. Su propietario, el Marqués de Monteflorido, dio facilidades para adquirirla.

En la tarde del Miércoles Santo de 1945, como recordaba Don Vicente, llevaron al beato Josemaría a ver alguna procesión que, ese día, pudo salir. Fue un año con dificultades para los desfiles procesionales de la Semana Santa, a causa de la lluvia. **Alberto Martínez Fausset**, un sevillano que desde 1946 vive en Roma, que le acompañó esa tarde, recuerda bien que contemplaron en la calle a la popular cofradía del **Baratillo**.

En una visita, el Fundador del Opus Dei consiguió el donativo para la opción de compra. Durante el año de 1945, realizó otros dos viajes a Sevilla, encaminados a conseguir la puesta en marcha de la residencia. En junio para ver a la persona que posibilitó adquirir de la casa. Fue una jornada en la que se hizo notar especialmente el cálido verano sevillano. Celebró la Misa, en aquella mañana del 26 de junio de 1945, precisamente treinta años antes de su *diés natalis*, también en Casa Seras. Uno de los asistentes, su biógrafo **Andrés Vázquez de Prada**, presente en esa ocasión, escribe que "tuvo que celebrar muy corrido el sol de la mañana. El oratorio, en un ángulo de la casa, había recibido el plomo derretido de sus rayos. No había ventilación apropiada, y aquello era un horno. Sus gestos eran devotos; sus movimientos, rápidos; y recitaba con calma, dando perfecto sentido a las palabras. Por el rostro del Padre y de los asistentes corrían gotas de sudor, pues la temperatura era insostenible en el cuarto. Transcurrió la misa sin prisas ni atropellos. De haberse alargado la ceremonia se corría el peligro de mareo. Al desvestirse en la sacristía todavía hizo unas observaciones sobre la limpieza de los ornamentos".

El 10 de diciembre de 1945 está de nuevo en Sevilla el beato Josemaría. Esta vez puede alojarse ya en la casa de la calle Canalejas, que se llamará Guadaíra, donde celebra la

Misa al día siguiente. Deja el Santísimo en el oratorio, instalado en la habitación que parecía más decorosa: el antiguo comedor, que daba al patio y tenía un artesonado y un alto friso de madera. Desde que se adquirió la casa se había ido haciendo los arreglos necesarios para adaptarla a residencia de estudiantes, pero aún no había residentes. Sólo vivían allí algunos de la Obra, y las pocas sillas que tenían las trasladaban de un lugar a otro.

Su petición a la Virgen de los Reyes había surtido efecto. Y, como había indicado, se puso su imagen pintada en el oratorio.

La última vez que estuvo en esa casa el Fundador del Opus Dei fue en enero del año siguiente: 1946. Tras ese viaje, la residencia es ya una realidad. En ese año Guadaíra abre sus puertas y comienzan a llegar residentes y a funcionar normalmente. Así que dejamos otra vez la palabra a Don Vicente para proseguir con sus recuerdos.

Un ambiente, un estilo

La residencia de Canalejas -decía Don Vicente- se abre con el mobiliario más indispensable. Digamos que elemental, aunque, eso sí con solera de años, ya que no de estilo. Sólo viven doce residentes. Al frente de ellos, un estudiante de medicina, alumno interno de la cátedra de Cirugía que regentaba Manuel Royo, y al que hoy los avatares de la vida le han hecho Obispo en Perú. Me refiero, como es natural, a Don **Ignacio Orbeagozo**.



La Residencia de Canalejas 8 tenía un jardín repleto de azulejería, lugar idóneo para tertulias y ratos de conversación.

¹ A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, 2ª ed. Madrid 1984, p. 272.

La verdad es que Ignacio era todo un temperamento. Todavía recuerdo el modo de tratar a sus clientes. Un día, un absceso en una pierna me impedía salir de Casa Seras. Allí fue él en bicicleta. Con el traqueteo, se le rompió la ampolla de la anestesia. Ocultó el bisturí en la mano, y mientras decía qué miraba, me abrió la pierna, eso sí, con todo cariño.

Los primeros años de la Residencia transcurren entre las dificultades lógicas de todo comienzo. Con escaseces que afectan en ocasiones a la misma comida. No recordar aquí a **Angeles**, a la cocinera, sería una injusticia grave. Con los apuros que ella pasó. Pero a los que allí vivían se les había enseñado que las cosas que nacen grandes, son monstruosas. Los seres normales son siempre pequeños cuando surgen a la vida.

En 1948 se hace cargo de la dirección de la Residencia Jesús Arellano. También en este año se constituye el Patronato. No cambian mucho los muebles, pero hay más desahogo. Su Presidente también está aquí, es **José María Pemán**; el Vicepresidente era el **Conde de Bustillo**. Dos andaluces ejemplares que fueron comprendiendo la Obra al compás de los acontecimientos.

A los demás miembros, de los que todos nos acordamos, permitidme que los simbolice en uno de ellos, en un hombre de empresa, perfecto caballero, incapaz de dobleces, que se llamaba **José María Ibarra**.

Estos seis años he dicho que transcurren con dificultades. Mejor hubiera sido decir que transcurren llenos de esperanza transformada en obras, en personas, en buen espíritu.

En Jerez se aprende que el vino añejo se consigue en el reposo de las cubas; para que la Obra adquiera fuerza en Sevilla han sido imprescindibles aque-

llos seis años llenos de promesas, en algunos casos inacabadas.

La Residencia de aquellos días es lugar de trabajo proyectado hacia fuera y punto de reunión de la familia. Lugar también de descanso. Es entrañable este período lleno de recuerdos íntimos y de trabajo con rendimiento seguro; recuerdos que no hieren, que conservan la lozanía de los años mozos.



El edificio Canalejas 8 estaba distribuido interiormente en torno a un amplio vestíbulo en el que confluían las amplias salas de la planta baja, la escalera sencilla y señorial y el jardín. Todo ello revestido de una azulejería de colores templados y de bello dibujo, y acogido bajo un artesonado de líneas elegantes y limpias.

El 14 de julio de 1951 el Ministerio de Educación Nacional erige por Decreto la Residencia Universitaria en Colegio Mayor. La Universidad de Sevilla estrena, con aquel Decreto, su primera institución privada. Es cierto que el Reglamento regulador de los Colegios Mayores había aparecido ocho años antes, pero las cosas en la España de aquel tiempo van con mucha más lentitud que en la actualidad. Circula poco el dinero.

Comienza entonces la segunda etapa de Guadaira. Una etapa larga de 18 años, en la que el espíritu del Colegio, que ha roto ya los muros de la

casa, se sienten cada vez más constreñidos por las limitaciones de espacio, lo cual no es óbice, ni mucho menos, para que ejerza en la vida cultural sevillana un influjo muy superior al que de hecho le correspondería si contáramos sólo a los residentes y a los adscritos, mucho más numerosos estos últimos que los primeros, especialmente en la segunda mitad de cada curso.

Veinticinco residentes, veintiocho residentes, treinta residentes; ¿corresponden estas cifras al influjo de Guadaira en Sevilla? No hace falta ser un partidario para responder rotundamente que no. Mi opinión tiene, quizás, mayor valor porque yo no residía en el Colegio Mayor. Yo era, si queréis, el mejor espectador de su vida interna, un buen conocedor de sus problemas, y si acaso, uno de sus instrumentos para romper el cerco material de su recinto y lanzar a sus gentes hacia fuera.

Este fue el secreto de Guadaira: la formación humana y espiritual de sus residentes; el ambiente interno de buen humor, de vida de familia, de una familia bien avenida en la que existía una comprensión mutua extraordinaria entre dirección y residentes.

Quiero hacer hincapié en este hecho importante. No es únicamente la dirección la que imprime carácter a Guadaira. Jesús Arellano es un símbolo de aquella época, pero sólo un símbolo. El Colegio lo hacen todos los residentes. Todos, sin excepción ponen a contribución su esfuerzo para que los visitantes, adscritos o no, se sientan en su casa desde al primer momento.

A veces se quejan de que no los atendemos, sobre todo al comienzo del segundo trimestre, cuando la residencia se llena con estudiantes de fuera. Saben que su queja no debe atenderse, porque ellos han sido los primeros culpables de que así suceda. **Diego Mendoza**,

Fernando Carrasco, Diego Domínguez, Pepe Chaves y otros que no puedo citar por falta de tiempo recordarán ahora el gesto agrídulce que tiene siempre la entrega.



Tres actos culturales del curso 60-61: Conferencia de Hermenegildo Altozano, entonces Gobernador Civil de Sevilla; Conferencia de Leonardo Polo, Catedrático de Filosofía, y clase de Manuel Pérez.

Al propio tiempo, Guadaira se convierte en un centro cultural importante. El Colegio, que tiene a gala el tener sus puertas abiertas de par en par, quiere hacerlo saber así a la ciudad. Conferencias, charlas, clases, o más sencillamente aún los coloquios de su sala de estar. Coloquios de Guadaira, los titula la prensa. Gran número de Catedráticos y Profesores tienen a gala colaborar en esta labor formativa.

No creo de interés citar nombres porque cualquier omisión sería un pecado mayor. Podría parecer que el olvido significa desagradecimiento. Diría incluso que lo que pudiéramos llamar la totalidad moral del profesorado de Sevilla, unos con un motivo, otros con otro, pasó por allí y nos ayudaron. No es retórica. Es una realidad y, por consiguiente, tiene que ser pública nuestra gratitud.

Guadaira y Sevilla

Pero este Colegio Mayor tenía contraído un compromiso de tal naturaleza con la Ciudad que no era posible el reducirse a un círculo muy importante como es el universitario, pero que por propia definición no pasaba de ser minoritario. La cultura hay que sembrarla como se siembra el trigo, a manos llenas, o por lo menos como se sembraba antes de que las nuevas técnicas ordenaran el aprovechamiento de la simiente.

Los bienes culturales no son privilegio de unos pocos, han de ser bagajes de todos los hombres. Con la modestia de los medios económicos de que entonces se disponía -el mobiliario continuaba siendo una prueba de ello- la actividad del Colegio se extenderá a los barrios de la Ciudad -en el Vacie y en San Jerónimo, por ejemplo-. En algunos

de ellos se instalan, andando el tiempo, centros culturales y deportivos que iban a dar permanencia a esta labor de ayuda a la formación de trabajadores y empleados jóvenes.

Con este fin, se crea en 1956 el **Centro Cultural Candilejo**; en 1963, **Altair**, que se convertiría, cuatro años después, en la institución docente que todos conocemos; en 1964, **Baivel**. Baivel, ejerce su función en la **Macarena** y sus alrededores; Candilejo, en la zona vieja de Sevilla, primero en **Corral del Rey**, luego en **Descalzos 2**; Altair en los barrios de **Juan XXIII**, **La Plata**, **Cerro del Aguila**, **Amate**.

Simultáneamente y dependiendo también del Colegio, van naciendo otros núcleos de irradiación conforme al ritmo en que la ciudad crece. Así sucede con la Residencia de la calle Asunción que nace en 1962; con el Club juvenil **Tarfia** creado en 1964, ambos para la formación de Bachilleres y con la Residencia de la Plaza de Cuba, que comenzó su labor al año siguiente, dedicada a la formación de universitarios.

Desde el principio se pensaba que la labor del curso era necesaria complementarla con actividades durante el verano. Ese verano tan largo de los estudiantes, que parece que ahora el Ministerio y las Cortes lo han reducido algo. Sevilla, por su clima, no es lugar adecuado para trabajar en el mes de agosto. Hace algo de calor. Por eso, el Colegio organizaba cursos de verano donde podía. Unas veces fue en **Castilleja de Guzmán**, en el **Colegio Mayor "Santa María del Buen Aire"** que entonces dependía de la Universidad; otras en **La Rábida**; y, otras, en fin, en casas particulares de campo cuyos dueños las cedían temporalmente para ayudar a la labor formativa del Colegio.

A partir de 1958, sin que desaparezcan en absoluto estas actividades en casas particulares y en los Centros que hemos reseñado a título de ejemplo, se celebran de forma más continua en **Pozoalbero**, en Jerez de la Frontera. Pozoalbero terminaría después por convertirse en una Casa de Convivencias que muchos de los que están aquí conocen porque por ella han pasado ya millares de personas.

Mientras el campo de acción de Guadaira se ampliaba a lo largo de estos 18 años, también se iba transformando la vida estudiantil sevillana. En 1953, la **Residencia Universitaria Salesiana**, la RUS, que había abierto sus puertas en 1945, se constituye en Colegio Mayor. En el 48, el Estado crea el **Colegio Hernando Colón**. Antes, en el 46, el de Santa María del Buen Aire. En el 66, dos más: el de **Almonte**, también obra corporativa del Opus Dei, y el **Fernando el Santo**. Por último, en el 68, el de Santa María de los Remedios.



En junio de 1968 se cerró el edificio de Canalejas. Ese mismo mes hubo un sencillo acto de despedida. Allí estaban, entre otros, Miguel Valle, Federico Durán y Miguel Nieto.

Todo es mayor de lo que fue en lo antiguo. La Universidad, tan entrañablemente estrecha en su sede de la calle **Laraña**, se traslada en el 58 a la **Fábrica de Tabacos**. Allí aparecen nuevas especialidades de las Facultades de Letras y de Ciencias. Medicina, construye un edificio tras otro y siempre se les quedan chicos. El mismo ámbito de los estudios se amplía con la creación de las Escuelas Técnicas Superiores de Arquitectura en 1960 y de Ingeniería Industrial, en 1966.

En el paseo de La Palmera

Como es natural Guadaira ha crecido. El edificio de Canalejas fue demolido en octubre del 68. Desde entonces, perdonádmelo el plural, estamos aquí. Ahora con espacio para 100 residentes y 400 adscritos. Pero el espíritu es el mismo: estudio serio y profundo; convivencia familiar y formación humana, todo ello iluminado por el deseo de vivir, reciamente, una, cada vez más, profunda vida cristiana.

No necesito haber asistido a ninguna de vuestras tertulias para saber cuál es su carácter. Tampoco tengo que hacer el menor esfuerzo por entender que los actos de piedad de este Colegio serán siempre sencillos y totalmente voluntarios.

Guadaira tenía contraído un compromiso de tal naturaleza con la Ciudad que no era posible el reducirse al círculo universitario.

Yo os diría que son bastantes los puntos que forman ese denominador común del espíritu de Guadaira, pero hay uno que destaca con nitidez, con fuerza propia. Es el de la libertad. Pero también hay que aprender a ser libres. La libertad es un atributo que el hombre tiene, y que ha de cultivar día a día para que llegue a ser su mejor exponente. Más aún:

hacerse hombres, es hacerse libres. Pero la libertad no es sólo, ni mucho menos, una simple posibilidad psicológica de elección. La libertad se forja sabiendo a dónde van los distintos caminos de la vida. Por lo tanto, teniendo capacidad necesaria para poder elegir. Y luego, carácter suficiente para, una vez que uno ha elegido, llegar hasta la meta.

Habéis visto que he identificado muchas veces la libertad con el compromiso. Yo diría que el hombre que se compromete, que no cifra sus ilusiones más o menos mezquinas en vivir su independencia, es el que de verdad es libre. Es propio de la condición humana el comprometerse, entregarse a los demás, el tener a gala el servir a los demás. El independiente, el que lucha honradamente consigo mismo a fin de liberarse de las ataduras materiales y espirituales que atenazan su propio yo, pero que se queda ahí, no es ni siquiera independiente.





Ya en la nueva sede del Paseo de la Palmera se comenzaron a tener las Fiestas del Antiguo residente. Ahí están, entre otros, Mariano Retegui y Antonio Gutiérrez.

Me acuerdo que hace muchos años leí un relato casi desconocido de **Azorín**, en el que hablaba de un partido político que entonces nacía a la vida pública: el de los "independientes". Cuando se anunciaron las elecciones perdieron ya la primera partícula de su nombre. Se quedaron en "dependientes". Cuando llegó la hora de formar Gobierno, perdieron la segunda partícula, se quedaron en "pendientes", y, -afirma Azorín- que cuando ocuparon poltronas ministeriales, perdieron el "pen" y se quedaron en "dientes".

No sé si será verdad, porque como historiador no he llegado todavía a esta época. Pero el relato de Azorín nos sirve para reafirmar la tesis de que la libertad es compromiso, es entrega. Sin entrega, no hay libertad. Como tampoco hay verdadera entrega, entrega del alma a un compromiso, sin libertad.

Es, evidentemente, una paradoja. Al menos en apariencia. Pero también es una paradoja aquella frase evangélica:

"El que ama su vida, la perderá, y el que la pierde, la encontrará"».

Ahí acaba la intervención de Don Vicente. El ambiente de familia que, desde su comienzo, ha sido tan propio de Guadaira, fue especialmente intenso cuando el Colegio ocupó el caserón de la calle Canalejas. Allí, dirección del colegio y residentes sumaban aproximadamente una treintena, con lo que el aire que se respiraba era connaturalmente familiar. No ciertamente, por el simple hecho de vivir todos bajo el mismo techo, sino por esas otras razones que Don Vicente mencionaba en su intervención en el acto del XXV aniversario. Bien conscientes de que esas lecciones, fuera de los programas académicos, que fuimos aprendiendo cuando frecuentamos la residencia, no es posible olvidarlas.

El pasar de los treinta a los cien residentes, que tiene la actual sede del Colegio, no fue óbice para que se perdiera el inicial aire de familia, esa convi-

vencia amigable y espontánea, que atrajo a tantos universitarios a Guadaira. La instalación material no era lo decisivo. De todas formas, también en pequeños detalles decorativos y de toponimia (en la zona de habitaciones) se buscó la continuidad del nuevo edificio con el viejo de Canalejas. Cuando un residente de la primera época se adentra por la actual sede del Colegio, se sorprende gratamente cuando descubre los azulejos de la imagen de la Virgen que estaba en el patio de Canalejas u oye hablar del *primer o segundo triunvirato*, el *decanato*, el *torreón*, el *pentágono* o la *ciudad de los muchachos*. Todo eso le suena a sus años de estudiante, a aquella grata convivencia en la que nadie se encontraba sólo, en la que todos creían hacer poco, porque siempre había alguien a su lado dispuesto a servir.

En los primeros años de la década de los setenta tiene lugar en el Colegio el acontecimiento de este ámbito familiar más importante desde sus inicios. Porque vino al Colegio de nuevo quien casi treinta años antes lo había hecho nacer. Si lo importante en Guadaira es ese espíritu que se pretende inculcar en los que pasan por el Colegio, se trataba ahora de oír a quien estaba en el origen del mismo. Nos referimos a la jornada del 8 de noviembre de 1972, día en el que el Fundador del Opus Dei consagra el altar del oratorio y tiene una tertulia con los residentes, algunos antiguos colegiales y otras personas allegadas a Guadaira. Afortunadamente se conserva la filmación de esa viva y emocionante tertulia.

El Padre -así aprendieron a tratarle los residentes- llegó a Guadaira a media mañana. Primero se celebró el acto en el oratorio. Copia del acta de la consagración del altar se ha puesto recientemente en el anteoratorio. Luego, la tertulia en el salón de actos, con gente enracimada, con intervencio-

nes chispeantes de los oyentes, fue especialmente emotiva. El Padre se desenvolvía con un gracejo que estimulaba más la alegría de todos. Se dirigía personalmente a unos y a otros. Los residentes se conmovieron porque notaron que se acercaban más a Dios.

Durante la tertulia, la pregunta que se le ocurrió hacer a uno de los residentes -Padre, y además del estudio, ¿cual cree usted que es la mortificación más agradable a Dios?- levantó risas en más de uno. El Padre, que se rió también con esa declaración, le contestó: *"Yo pensaba que el estudio para ti no era una mortificación, pero en fin, puesto que es mortificación, estudia mucho. Y después, a lo largo del día, procura recibir alegremente las cosas molestas que no esperas, y que vienen de improviso. Porque si tú te mortificas voluntariamente, eso vale, y es muy agradable a Dios; pero aún es más agradable si aceptas con una sonrisa lo que no esperas, y viene, y te hace sufrir: la injusticia, la calumnia, la mentira, la trapisonda, el enredo, la enfermedad..., aunque sólo sea un dolorcillo de cabeza. Esas mortificaciones sí que son buenas, son las mejores: es verdadero espíritu de penitencia"*.

A la pregunta de otro residente, dio el Padre una respuesta de las que son para pensar despacio:

"-El que no se complica la vida no es buen cristiano. Además, si él no lo hace voluntariamente, la vida misma se encargará de complicarle de todas maneras, y entonces será un desgraciado. Se sentirá cobarde, inútil, ineficaz, un peso muerto que tendrán que arrastrar los demás".

La tertulia tuvo su punto culminante cuando Carlos preguntó como de sopetón:

-Hablando en plata, Padre: ¿para qué ha puesto la Obra este Colegio Mayor?

La respuesta con prontitud del Padre constituye el mejor resumen de lo que ha procurado ser Guadaira a lo largo de estos cincuenta años, y se recoge en otros sitios de este volumen.

Basta hojear las memorias de actividades de los años 70, 80 y 90 para observar como se sucede una lista interminable de actos: conferencias aisladas o agrupadas en ciclos, mesas redondas, coloquios, clausuras de curso, etc.



Desde que Don Vicente, en mayo de 1970, delimitó la historia del Colegio, hasta nuestros días ha pasado más de otro cuarto de siglo. Por exigencias del crecimiento de su labor, Guadaira se vio obligada a abandonar aquella esquina de la calle Canalejas para, siguiendo la tendencia centrífuga de la vieja Sevilla, asentarse en un sereno rincón de la Palmera, a la vera del río. Pero ese cambio de fachada no implicó mudar de identidad. Por eso, no hubo tristeza en la despedida ya que el espíritu de Guadaira marchaba íntegro al nuevo edificio.

Siguió desarrollando, ya con solera, con esa alegría del que sabe qué debe hacerse y se sabe dispuesto a no cejar hasta lograrlo, la labor formativa y cultural que fue la sustancia que le dio origen. Con la sabiduría del que entiende que, sin perder su propio espíritu ni olvidar el motivo por el que se creó, debe adecuarse al ritmo cambiante de los tiempos.

Si en el antiguo Guadaira fue el zaguán de entrada, que comunicaba con el vestíbulo-sala de estar, centro de la convivencia familiar de los residentes, en su nueva sede el patio central del Colegio, con su enchinado y galería de arcadas, es el marco que llena esa necesidad.

Si fueron inolvidables para los residentes de Canalejas las fiestas de San José y de la Inmaculada, en su nueva sede han conservado ese mismo carácter íntimo las celebraciones del comienzo de curso, la de padres y la de los Reyes.

Como manifestación de solidaridad con la gente necesitada, y para ayudar a los universitarios a tomar conciencia de la necesidad de salir de sí mismos y darse a los demás, se fomentó en Guadaira las visitas a pobres y enfermos en los suburbios sevillanos y las catequesis de los domingos. Ahora se sigue ofreciendo a los residentes esta posibilidad de ser generosos y aumentar su espíritu de servicio. Además de ir a ver a personas enfermas, necesitadas o que viven en soledad a las que se visitan en asilos u hospitales (Regina Mundi, el Centro Oncológico, Hospital de la Caridad, etc.), han ido surgiendo otras actividades de voluntariado como dar clases de religión en varios colegios sevillanos, cursos de promoción rural, y campos de trabajo en zonas deprimidas de Europa del Este. Consisten estas últimas iniciativas en reservar unos días

de vacaciones para acudir en verano a un pueblo y aportar a las gentes de allí soluciones a problemas humanos: sanidad, educación, cultura, formación cristiana y deportiva. Con respecto a los cursos de promoción rural, en 1985 se realizó esa actividad en un pueblo de la provincia de Sevilla, en 1986 fue en Salvatierra de los Barros, en la Sierra de Badajoz. Posteriormente se han llevado a cabo en La Luisiana (Sevilla) y otros pueblos. Con respecto a los campos de trabajo, en los últimos años se han realizado en Polonia, Rumanía y Eslovaquia.

Si Guadaira, en Canalejas, fue referencia obligada en el ambiente cultural y académico de la universidad y de la ciudad de Sevilla, en La Palmera no ha faltado tampoco a esa cita. Basta hojear las memorias de actividades de los años 70, 80 y 90 para observar como se sucede una lista interminable de actos: conferencias aisladas o agrupadas en ciclos, mesas redondas, coloquios, clausuras de curso, etc. Pero, además de esas actividades culturales de carácter más formal, la tertulia, esa vieja institución en la vida propia de Guadaira, protagoniza una de las actividades más importantes de la vida de un Colegio Mayor. Como se venía haciendo también en Canalejas, se invita a una personalidad del mundo universitario, periodístico, político, del deporte, las artes, la cultura o de cualquier otra área que parezca interesante, para establecer un dialogo distendido con los residentes y adscritos del Colegio sobre el tema que el invitado desee hablar. Por la sala de estar de Guadaira suele pasar, cada curso, medio centenar de esos invitados. Todos los ámbitos del saber, tanto locales - ya sea de lo universitario, civil o de otro orden- como universales, tienen cabida en las tertulias que sirven para abrir horizontes culturales y profesionales a los residentes.

Cuando en octubre de 1968 se inaugura el curso en su nuevo edificio, una nueva etapa había comenzado también. El centenar de universitarios que llena el Colegio pone empeño en trasplantar a un ámbito mayor, la convivencia familiar de la antigua y reducida sede. Buena parte de ese esfuerzo lo pusieron los residentes antiguos, los que conocieron el ambiente familiar e íntimo de los primeros años de la residencia, para que en la nueva dimensión, Guadaira fuese la de siempre.

En 1987 se celebraron los 40 años de Guadaira. Hubo por la mañana un acto académico. Por la tarde, en animada tertulia, se recordaron los momentos dulces y entrañables de Guadaira. Diego, el primer Decano, leyó al comienzo de la tertulia las cartas y telegramas que enviaron los que no habían podido venir. En lontananza aparecían las bodas de oro.





Repasando las memorias de actividades de los años 70, 80 y 90 se comprueba la tremenda riqueza de actos, tertulias y ciclos culturales, así como la variedad de invitados.

a Acto Académico del 25º Aniversario. Vicente Rodríguez Casado, Antonio Gutiérrez, Antonio Trueba y José A. Calderón Quijano, Rector de la Universidad de Sevilla.

b Visita al Colegio, en octubre de 1968, del cantautor Atahualpa Yupanqui, acompañado por Jaime López de Asiaín.

c Tertulia taurina en 1979, con el torero Diego Puerta, el crítico Luis Bollaín y el maestro Pepe Luis Vázquez.

d Mesa redonda sobre la familia, en mayo de 1980, con los catedráticos Jaime Rodríguez Sacristán, Jesús Arellano y Juan Jordano Barea.

e Tertulia en mayo de 1980, con el periodista Antonio Burgos, entonces Redactor Jefe de ABC de Sevilla.

f Acto Académico de imposición de becas colegiales en junio de 1985. En la imagen, el catedrático Antonio García Valcarce, el Decano del Colegio Mayor, Tomás Carranza, y José Luis Rodríguez.

g Coloquios sobre el Quinto Centenario, en octubre de 1991, con el periodista Tico Medina, y los catedráticos Fernando Betancourt y Ramón M. Serrera.

h Seminario Permanente para Profesionales de la Información, en mayo de 1993. A la izquierda Román Orozco, actualmente Delegado de El País Andalucía, y Juan F. Dorrego, entonces Director de El Semanal.

i Jornadas Universidad-Información de mayo de 1994. De izquierda a derecha, Antonio Oliví, Director de la revista Líder; Javier Bardají, Director de Comunicación de Tele 5; José Álvarez, Profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de Sevilla; Santiago Sánchez Traver, Director de Canal Sur TV.

j Acto de apertura del curso 1995-96, con el periodista Manuel Martín Ferrand.

el beato josemaría escrivá de balaguer y el colegio mayor guadaira

Jesús Arellano Catalán

De hoy a ayer

Al cumplir el cincuenta aniversario de su vida fecunda, contemplamos con alegría el Colegio Mayor Guadaira en la plenitud de su desarrollo. Un edificio bello, obra del arquitecto **Lorenzo Martín Nieto**, expresamente construido para el Colegio Mayor en 1968, de estructura amable y luminosa, concebido para acoger tanto la vida de familia y de estudio de los colegiales residentes y adscritos como las actividades de expansión cultural y social que tienen lugar en su recinto. En el corazón de la casa el Oratorio, de donde en verdad surge toda la vida que la anima. Y en torno a él las salas de estudio, los lugares de reuniones y de círculos de estudio. Y un amplio jardín con las instalaciones deportivas.

A este edificio le precedió, como primera sede del Colegio Mayor, otro anterior, el hoy desaparecido de la calle Canalejas 8. En él inició su vida el año 1946 con un pequeño grupo de estudiantes de la Universidad. Se hicieron reformas internas de adaptación y se constituyó en 1947 como Residencia Universitaria de Estudiantes y pocos años después como Colegio Mayor Universitario.

El edificio de Canalejas 8 era obra del arquitecto **Aníbal González**. Quizá, me parece, su más lograda obra de arquitectura urbana no monumental, de líneas arquitectónicas en equilibrio grácil, distribuido interiormente en torno a un amplio vestíbulo en el que confluían las amplias salas de la planta baja, la escalera sencilla y señorial y el jardín. Todo ello revestido de una azulejería de colores templados y de bello dibujo, y acogido bajo un artesonado de líneas elegantes y limpias.



Aspecto de una de las fachadas de Canalejas 8, obra de arquitectura urbana no monumental de Aníbal González.

En el edificio de Canalejas 8 se desarrolló durante veinte años una vida universitaria, joven y cristiana, que crecía, curso tras curso, hacia dentro y hacia fuera, en extensión y en intensidad. Junto con los residentes participaban en la vida del Colegio Mayor los universitarios adscritos. A la vez que el trabajo de estudio y las reuniones y círculos de formación, se desarrollaban actividades culturales y sociales, con las que la vitalidad generosa de los residentes y adscritos llevaba el espíritu de virtudes humanas y cristianas a los más diversos ámbitos, desde los científicos y profesionales hasta los lugares socialmente marginados y menos atendidos. Varias de estas últimas actividades adquirieron después personalidad propia y son hoy instituciones educativas y sociales en pleno desarrollo autónomo.

El Colegio Mayor crecía internamente en espíritu y vida, y pronto se hizo sentir la necesidad de ampliarle el cuerpo, las instalaciones. Después de algunos años de búsquedas y proyectos se hizo realidad este nuevo edificio de la Avenida de la Palmera.

Miles de hombres jóvenes universitarios han vivido en el Colegio Mayor Guadaira, a lo largo de este medio siglo, los años más decisivos y cruciales de su existencia personal. Maduraron en su preparación científica y profesional y en su resolución a una vida de ideales humanos y cristianos creadores. Muchos descubrieron aquí su vocación a una existencia cristiana plena. De muchos de ellos podrían relatarse, si el respeto a su intimidad lo permitiera, avatares literalmente heroicos. Cada uno de ellos, residentes o adscritos, conquistó en el Colegio Mayor Guadaira un recio temple de libertad personal y de lealtad y solidaridad social. Y lo ejercen en múltiples sectores de la vida, tanto privada como pública, y en la más diversas ocupaciones profesionales.

La conmemoración del 50 aniversario de Guadaira está siendo una excelente ocasión para el encuentro entre los colegiales de las diversas promociones y generaciones de universitarios: entre los que lo fueron, residentes o adscritos, en los tiempos pasados y los que lo son actualmente.

En toda esta vida, ya larga, del Colegio Mayor se hace patente, tangible, siempre joven y pujante, el espíritu que la hizo surgir. La conmemoración del cincuentenario nos reclama a ser operativamente conscientes de este espíritu.

Abril de 1938. Ante la Virgen de los Reyes

El Colegio Mayor Guadaira comenzó a existir visiblemente cuando el espíritu que lo creó se plasmó en institución universitaria con entidad moral y física.

Pero había comenzado a existir, antes, en el alma y el corazón de un hombre santo.

Me refiero al Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, Fundador del Opus Dei.

Fue un día de abril de 1938.

Miles de hombres jóvenes universitarios han vivido en el Colegio Mayor Guadaira, a lo largo de este medio siglo, los años más decisivos y cruciales de su existencia personal.

El Beato Josemaría era entonces un sacerdote joven. Desde octubre de 1928 Dios le inspiró, como es sabido, lo que posteriormente llamaría Opus Dei, Obra de Dios, Trabajo de Dios en las entrañas mismas de la sociedad civil, del mundo.

El Opus Dei era una llamada que Dios hacía a hombres y mujeres, de cualquier edad

condición, de toda raza y cultura, de toda profesión y trabajo. Los llamaba a realizar en medio del

mundo y desde el mundo mismo la plenitud de la vida cristiana. Era la vocación universal a la santidad que más tarde proclamó el Concilio Vaticano II en la constitución *Lumen Gentium*.

Desde el mismo instante en que Dios se lo inspiró, el Beato Josemaría comenzó a ser, él mismo, Opus Dei y a realizar el Opus Dei en la historia de la humanidad. Hoy vemos la Prelatura del Opus Dei extendida por los cinco continentes del mundo.

El Beato Josemaría comenzó a realizar el Opus Dei entre los pobres y los enfermos, entre los más pobres y los más enfermos y abandonados, de la ciudad de Madrid. A esos ambientes llevaba, para vivir el apostolado de la fe, la esperanza y la caridad, a los universitarios jóvenes que iban accediendo a la llamada de Dios. La descristianización de amplias capas del mundo moderno había sido inducida por la acción de intelectuales (los hombres de la cultura y de la política)

Los intelectuales laicos tenían que ser los que impulsaran la nueva evangelización de las sociedades modernas.

Dios, como desde los tiempos de los primeros cristianos, llamaba para ello, con vocación específica y vigorosa, no a los grandes personajes, a los hombres poderosos de la vida pública cultural, social o económica, sino a jóvenes estudiantes carentes de cualquier poder o notoriedad social. Así eran las primeras vocaciones que se incorporaron al Opus Dei. Y a partir de ellas fue como el Opus Dei se extendió en el mundo, incorporando pronto -y hoy en gran número- vocaciones a la santidad que abarcan hombres y mujeres de todas las profesiones y condiciones sociales: desde los dedicados a actividades científicas, técnicas, culturales y públicas de amplia influencia, hasta los trabajadores obreros o agrícolas de las sociedades desarrolladas y los indígenas rurales de Méjico, Perú, América y otras partes del mundo.

Los miembros del Opus Dei eran en 1936, junto con el Beato Josemaría, un puñado de jóvenes universitarios. Su apostolado alcanzaba ya a un extenso número de estudiantes.

El desencadenamiento de la Guerra de España en julio de 1936 sorprendió al Beato Josemaría y a los primeros miembros de la Obra en la zona republicana.

En abril de 1938 el Beato Josemaría estuvo por primera vez en Sevilla.

Meses antes había llegado a la zona nacional, después de una dramática evasión de la zona republicana marxista a través de los Pirineos.

Tuvo que hacerlo. Desde julio de 1936, en Madrid y en toda la zona republicana marxista la vida religiosa católica había sido reducida a una rigurosa Iglesia de las catacumbas. La inmensa mayoría de los templos y edificios religiosos fueron incendiados o saqueados. Y los restantes, cerrados o destinados a diversos usos. Miles de sacerdotes y de religiosos y religiosas fueron asesinados por el hecho de serlo.

El Beato Josemaría ejerció secretamente su sacerdocio en medio de los extremados peligros que tal actividad suponía. Un día, al volver a su domicilio y a pocos metros del portal, vio asesinado a un hombre que tenía cierto parecido físico con él. Supo pronto que era a él a quien habían buscado. Durante toda su vida -declaró más tarde- encomendó a Dios el alma de aquel hombre al que habían inmolado en lugar de él.

Tuvo que esconderse en diversos lugares y en las más variadas circunstancias. A la vez, atendía espiritualmente en cuanto era posible a los miembros de la Obra, cuyas vidas también corrían peligro, y a las personas a quienes podía alcanzar su actividad sacerdotal.

El Beato Josemaría tuvo que forzar su corazón, y permitir que varios de sus hijos se lo forzaran, a tomar la decisión de evadirse de aquel mundo en el que era rigurosamente imposible desarrollar la Obra de Dios. Y así lo hizo en unión con otros miembros de la Obra.

Ya en la zona nacional, se entregó de lleno al cumplimiento de la vocación que Dios le había infundido. Atendía sacerdotal y apostólicamente a un gran número de personas. Y en especial, y con grandes sacrificios y cuidados, a los jóvenes universitarios que, miembros de la Obra o vinculados a su espíritu y a sus medios de formación espiritual, estaban dispersos en los diversos frentes de guerra.

El Beato Josemaría Escrivá había prometido a la Virgen de los Reyes que su imagen presidiría el Oratorio de la primera Residencia de Estudiantes que creara el Opus Dei en Sevilla.

Así fue como llegó a Andalucía, hasta el frente de Córdoba, y recaló en Sevilla en abril de 1938.

En una visita a la Catedral pudo rezar, con su inmensa devoción mariana, ante la Virgen de los Reyes. Probablemente fue entonces cuando realizó lo que cinco años más tarde contaba: había prometido a la Virgen de los Reyes que su imagen presidiría el Oratorio de la primera Residencia de Estudiantes que creara el Opus Dei en Sevilla.

Así se hizo en el Oratorio del primer edificio de Guadaira. Ocupaba el cuerpo central del retablo un cuadro de la Virgen de los Reyes, obra del pintor **Fernando Delapiente**, en cuyo pie figuraba, como el Beato Josemaría había prometido, la leyenda *PER ME REGES REGNANT*. Y así es también como figura, desde su creación, en el Oratorio del actual Guadaira, sustituida la antigua pintura por una réplica, a la verdad fiel y bella, de la imagen original fernandina de la Capilla Real.

El Colegio Mayor Guadaira, obra corporativa del Opus Dei, comenzó a vivir, realmente, en su realidad de espíritu, aquel día de abril de 1938, en el corazón del Beato Josemaría.

El Opus Dei en Sevilla

Pocos años después, en 1943, llegaron a Sevilla un pequeño número de miembros numerarios de la Obra, estudiantes universitarios de licenciatura y de postgrado, junto con el recién nombrado y joven Catedrático **Vicente Rodríguez Casado**.

Y la llamada de Dios a entregarse a la plenitud de vida cristiana de santidad y apostolado en medio del mundo prendió pronto en otros universitarios jóvenes de nuestra tierra de Sevilla y de la Andalucía occidental.

La historia confirma siempre, para los que quieren mirarla con limpia mirada de verdad humana y de fe sobrenatural, que Dios dispone siempre bien los acontecimientos, que su providencia rige la historia. La Guerra de España de 1936-1939 fue un drama cargado de tragedias. Grandes heroísmos florecieron entre crímenes odiosos. Entre cruentas persecuciones asesinas se alzaron hasta el cielo testimonios martiriales de fe. De entre los escombros de una sociedad civil maltrecha y deshecha surgió una vitalidad creadora penetrada de altos ideales.

Señaladamente la juventud española de la postguerra -en especial los hombres y mujeres entre los diecisiete y los veinticinco años- estaba abierta y resuelta a realizar las empresas más generosas de la espiritualidad humana y, singularmente, de la espiritualidad cristiana.

La vitalidad joven, ayer como hoy, germina siempre, y poderosamente, tanto en tierras fecundas de buen tempero como en atmósferas cargadas de polución y estragamiento. En aquellas se desarrolla rápida y libremente; en estas con dificultades que quieren sofocarla pero a las que acaba venciendo vigorosamente.

El Beato Josemaría vino a Sevilla en diciembre de 1943 y luego en marzo y junio de 1945. Él impulsó la búsqueda de un edificio en el que pudiera establecerse la Residencia de Estudiantes. Dio su aprobación al de la calle de Canalejas 8 que le mostraron.

Trabajó personalmente en allegar los recursos económicos necesarios para su adquisición. Lo hizo, ayudado por sus hijos, como siempre: sin dinero. Vivió aquí, como antes después en tantos otros lugares de España y del mundo, en espíritu que había plasmado en las palabras de "Camino" (n.487): "No te desvele el conflicto económico que se avecina a empresa de apostolado. -Aumenta la confianza en Dios, humanamente lo que puedas, y ¡verás qué pronto el dinero dejará de ser un conflicto!" Con la asistencia de Dios, su gran corazón de hombre santo creaba amistades sinceras dispuestas a ayudas generosas.



Algunos colegiales residentes y adscritos del curso 61-62. Entre otros, Andrés Ollero, Luis Bollaín y Paco Pavón.

En Canalejas 8

En diciembre de 1945 viene de nuevo a Sevilla y ya puede alojarse en Canalejas 8, celebrar allí la Santa Misa y dejar el Santísimo en el sagrario del Oratorio, para el que se había habilitado, como siempre se hace en la Obra, la sala más noble de la casa.

Vuelve a Sevilla en enero de 1946. La Residencia de Estudiantes es ya una realidad. Viven en ella, de momento hasta que se hagan unas obras más amplias de adaptación, un reducido grupo de estudiantes. Y acuden ya a la Residencia otros estudiantes de la Universidad que realizan allí su trabajo, su estudio, y participan en la vida de familia de los residentes.

Al final del verano de 1947 se han completado las obras de adaptación interior del edificio. Pueden vivir en él hasta veinticinco residentes.

Oratorio y las salas de estudio y reuniones son capaces para acoger también a los estudiantes adscritos, cuyo número aumenta progresivamente, así como las actividades culturales y sociales en las que la Residencia se abre a públicos muy numerosos.

La vida de la Residencia, que pronto se configura como Colegio Mayor, crece hacia adentro y hacia fuera, en intensidad y en expansión, tanto durante los años de Canalejas como luego en las instalaciones de la Avenida de la Palmera

Las promociones y generaciones de colegiales residentes y adscritos se van sucediendo. Cada una de ellas deja a su paso por el Colegio Mayor la impronta de su vitalidad joven y generosa, la estela de los acontecimientos y experiencias con los que se fue forjando interiormente la personalidad de cada uno y con los que a la vez laboró personalmente, en mayor o menor medida unos, y muchos en medida heroica, a la realización del espíritu del Colegio Mayor.

Este espíritu es, hoy como ayer, en este su cincuenta aniversario y en los años primeros de su existencia, aquél mismo espíritu con que comenzó a existir, antes aún de que naciera con un cuerpo visible, en el corazón del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.

Espíritu de trabajo y de estudio

Los colegiales residentes o adscritos que llegaban a Guadaira en los años 40, encontraban en el Colegio Mayor en primer lugar el estímulo, el ambiente, los medios y la llamada a vivir, como virtud humana y como virtud de plenitud cristiana, el trabajo profesional. El suyo, el de los estudiantes: el estudio.

El trabajo profesional es la dedicación vital determinante a la creación de valores. El estudiante universitario ha elegido dedicarse a la creación de valores superiores.

Cada uno aquellos para los que se considera más apto y motivado. Pero para realizarlos tiene que adquirir una preparación también superior: tiene que estudiar, esto es, realizar profesionalmente el trabajo de la propia preparación y formación intelectual, humana y espiritual. Su trabajo profesional es, ahora, el estudio.

Para que los hombres jóvenes universitarios de buena voluntad y en especial los jóvenes universitarios cristianos pudieran realizar con plenitud su trabajo profesional de estu-

diantes, creó el Beato Josemaría este Colegio Mayor, como los otros que alzó en España y, año tras año, en todos los continentes de la tierra.

Los residentes y los adscritos comprendían enseguida, en cuanto iniciaban su vida en el Colegio Mayor Guadaira, que *"el estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros"*, como el Beato Josemaría había escrito para ellos en "Camino" (n.334). El ambiente del Colegio Mayor está penetrado de este afán de trabajo que es el estudio, afán protagonizado ejemplarmente como una experiencia alegre por los colegiales más curtidors.



La formación en la vida interior les lleva a tener una conciencia clara del valor sobrenatural del estudio. *"Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar con el trabajo"*, era la divisa con que el Beato Josemaría exhortaba a los jóvenes universitarios.

A la zaga de su reclamo, los colegiales residentes y adscritos se penetran de la convicción de que *"una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración"* ("Camino", n.335).

Y, curso tras curso, se van creciendo en la realización de este propósito: *"Estudia. -Estudia con empeño. -Si has de ser sal y luz, necesitas ciencia, idoneidad"* ("Camino", n.340).

El hombre joven, abierto por su misma natural vitalidad a los gran-

des ideales, va sintiendo, día tras día, que su trabajo de formación es, ahora, en estos años decisivos de su vida, la condición, y ya el comienzo, de hacerlos realidad: *"Estudiante: fórmate en una piedad sólida y activa, destaca en el estudio, siente anhelos firmes de apostolado profesional. -Y yo te prometo, con ese vigor de tu formación religiosa y científica, prontas y dilatadas expansiones"* ("Camino", n.346).



La sala de estudio siempre ha ocupado un lugar central en la vida del Colegio Mayor Guadaira. En la instantánea del año 55 aparecen Rafael Solís y Gonzalo Bueno.

Formación integral -humana y sobrenatural- en perfecta unidad de vida, conforme a esta exhortación: *"Sólo te preocupas de edificar tu cultura. -Y es preciso edificar tu alma. -Así trabajarás como debes, por Cristo: para que El reine en el mundo hace falta que haya quienes, con la vista en el cielo, se dediquen prestigiosamente a todas las actividades humanas, y, desde ellas, ejerciten calladamente - y eficazmente- un apostolado de carácter profesional."* ("Camino", n.347).

A lo largo de estos cincuenta años hemos visto plasmado y realizado, en la vida de centenares y centenares de colegiales residentes y adscritos, este espíritu de estudio y de trabajo que el Beato Josemaría infundió en el Colegio Mayor Guadaira.

Los colegiales más antiguos, los de los años primeros de Guadaira, han hecho rendir en sus vidas los ideales de estudio y de trabajo que aquí concibieron y que aquí comenzaron ya a hacer realidad. En múltiples profesiones privadas o públicas; cada uno en la suya. En los más diversos lugares; antiguos colegiales desarrollan su trabajo muchos en Andalucía y en diversas ciudades de España, y otros muchos en países europeos, americanos, asiáticos. Cada uno ha seguido libremente su propia vocación y la cumple libremente conforme a sus propias convicciones.

Los colegiales de los años más recientes y los actuales están ya andando, desde su iniciación universitaria, los diversos caminos por los que se abre paso ese mismo espíritu, siempre actual, siempre joven, siempre capaz de afrontar todas las circunstancias y situaciones cambiantes del mundo.

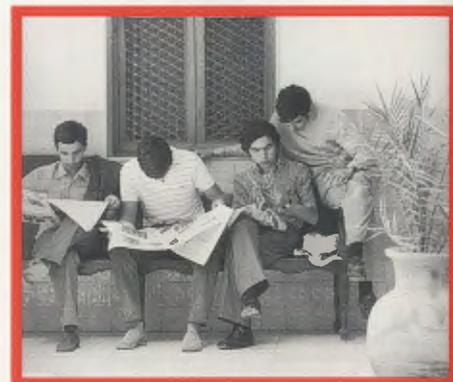
Libertad, sinceridad y amistad

El espíritu que dio vida al Colegio Mayor Guadaira es, también cardinalmente, espíritu de libertad. El Colegio Mayor lo da todo y no impone nada. Nadie puede sentirse en él coaccionado. Pero sí se siente atraído a dar de sí lo mejor de sí mismo. Los colegiales residentes y adscritos encuentran en el Colegio Mayor, ofrecidos y a su libre disposición, todos los medios que puedan desear para vivir una vida plenamente humana y cristiana.

Comprenden aquí que la libertad no es en nada el banal capricho con que a veces nos esclavizamos a los impulsos de la carne, de la vanidad o del egoísmo. Sino que, justamente, y en su entraña más auténtica y profunda, la libertad estriba en realizar nuestra capacidad de vivir en don de sí mismo, en la capacidad de amar. Dios nos hizo libres para que podamos amar, decía el Beato Josemaría. E infundió ese espíritu en todos cuantos se acercaban a él y en las obras que, como este Colegio Mayor, creaba para servir a los hombres, a los hijos de Dios.

Guadaira ha sido desde su creación, lo es hoy y lo será siempre, un hogar donde se forjan hombres libres. Un hogar donde nos sentimos queridos y servidos; y donde nos sentimos a la vez movidos a querer y a servir a los demás.

Aquí el compañerismo es franco e incondicional. En los colegiales residentes y adscritos y en los directores del Colegio encontramos siempre unos amigos leales, que comparten nuestro trabajo y nos ayudan en él, con los que nos comunicamos nuestros ideales de vida y compartimos los avatares, alegres o dolorosos, de nuestro vivir diario.



Guadaira ha sido desde su creación, lo es hoy y lo será siempre, un hogar donde se forjan hombres libres. Un hogar donde uno se siente querido y servido; y donde uno se siente a la vez movido a querer y a servir a los demás. Arriba, un rato de descanso durante una convivencia de estudio en La Rábida en abril de 1961. Abajo, un intermedio en el estudio en el patio del actual Guadaira.

Por eso no nos extraña, sino que nos parece lo más natural del mundo, que a lo largo de los años, y a mucha distancia a veces de aquellos en los que convivimos en Guadaira, sigamos siendo amigos leales de quienes nos hicimos, en plena juventud, amigos leales.

Los colegiales más viejos que lean esto lo entenderán muy bien. Los colegiales que vivís hoy en Guadaira comprendéis igualmente, y sentís ya ahora, que la amistad leal que vivís naciente, es, por sincera y verdadera, amistad para toda la vida.



Guadaira ha sido y es una escuela de convivencia y diálogo alegre. Abajo, excursión en el curso 55-56 al río Guadamar; se distingue a Roger Viñes, Pedro Enrique Muñoz, Fernando Díaz Esteve y José Morales.

Vida de familia y alegría

En Guadaira somos una familia, y una familia alegre. Aquí encontramos comprensión y apoyo en las horas amargas de nuestros tropiezos; y el ambiente más abierto para convivir nuestros éxitos y nuestros avatares felices.

En el viejo Guadaira de Canalejas la alegría era el sello distintivo -y casi siempre, por jóvenes, clamoroso- de la vida de familia colegial. Y en el Guadaira de la Palmera no os quedáis atrás en esto de la alegría. Cada promoción de colegiales tiene que sentirse responsa-

ble de que este espíritu alegre se mantenga, siempre nuevo, en las promociones que le sigan.

Cuando pasan los años, por estar ya la mirada del alma afinada por la experiencia de la vida y por haberse mantenido resaltados en la memoria del corazón los escorzos más valiosos del pasado, se comprende más a fondo el ambiente de sinceridad, alegría, pureza y agudeza, inteligencia y abierto desenfado joven, propio del Colegio Mayor.

En el viejo Guadaira, como lo seguís haciendo en el Guadaira nuevo, invitábamos de vez en cuando a participar en nuestra tertulia familiar del Colegio Mayor a Catedráticos, Profesores de la Universidad y personalidades destacadas de la vida científica, literaria, profesional o pública.

Se trataba, claro, de que el ilustre visitante enriqueciera, con sus conocimientos superiores y con su alta experiencia de la vida, la cultura y la formación de los colegiales.

El coloquio tertuliano era vivo, unas veces profundo, otras divertido. Nuestro invitado hablaba, escuchaba y respondía. Y casi siempre -a veces en alto grado- los resultados buscados con la invitación se invertían. No en el sentido de que las aportaciones ilustrativas y formativas del invitado no lograran su efecto. Porque habitualmente lo conseguían. Sino en este otro sentido: el invitado se sentía, al final, sinceramente agradecido a nuestra invitación y declaraba que el encuentro había sido más enriquecedor para él que para los colegiales.

Decía lo que en verdad sentía. Había encontrado en el Colegio Mayor una juventud universitaria que él apenas se atrevía a soñar que existiera. Una juventud alegre y profunda a la par, inteligente y certera en sus preguntas y

hasta en sus críticas, sincera y abierta, limpia, con una vitalidad cargada de ideales. Y esto era una experiencia, de conocimiento y de vida, que le alegraba profundamente y que le impulsaba a proseguir su trabajo público con ánimos nuevos.

Los colegiales residentes y adscritos de Guadaira pocas veces, y quizá ninguna, os dais cuenta de este efecto beneficioso y enriquecedor que producís sin pretenderlo.

Y no hace falta que os lo propongáis. Sólo es necesario que seáis como sois, esto es, como debéis ser. Y que lo manifestéis con vuestra natural espontaneidad y viveza, con el respeto a los otros y con la libertad que lleváis en el alma, con la agudeza que da a vuestras palabras la mirada limpia y cargada de ideales con que adivináis la verdad clara -a veces tan oscurecida y ensuciada- de la vida entorno.

Todo ello surge, espontáneamente, como fruto bueno de la buena tierra, de haber interiorizado y hecho suyo cada colegial residente o adscrito el espíritu que dio a la vida este Colegio Mayor y que lo mantiene, joven siempre, en la vida de las sucesivas promociones.

Es el espíritu con que el Colegio Mayor Guadaira comenzó a vivir, aún antes de nacer, en el corazón del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer.





El día 8 de noviembre de 1972 tuvo el Beato Josemaría Escrivá una tertulia memorable en el salón de actos, para poder acoger a un mayor número de personas. La tertulia era para los colegiales y otras personas allegadas a Guadaira, que llenaron a rebosar todos los espacios y huecos del salón.

Una tertulia memorable

El Fundador del Opus Dei se trasladó a vivir en Roma el año 1946. Aunque algunos meses del año los pasaba en España. Pero ya no le fue posible venir a Sevilla hasta mayo de 1967, primero, y luego en octubre de 1968 y en noviembre de 1972.

El día 8 de noviembre de este año tuvo una tertulia en el Colegio Mayor Guadaira. En el salón de actos, para poder acoger a un mayor número de personas. La tertulia era para los colegiales, que llenaron hasta rebosar todos los espacios y huecos del salón.

Las preguntas que los colegiales le hicieron tuvieron respuestas rápidas, chispeantes, hondas. El Padre volcaba en sus palabras, como siempre, su corazón.

Dijo a poco de comenzar:

-"Yo me he pasado la mayor parte de mi vida enseñando a santificar el trabajo. Os han levantado una mala fama a los andaluces; fama de que no trabajáis. Y no es verdad. Aquí se trabaja con salero, y con

una sonrisa en los labios".

Y añadió: *-"Vuestro trabajo es estudiar. Creo que estáis persuadidos".*

Decía más tarde: *-"La sociedad espera vuestros servicios. Vuestros servicios de médicos, ingenieros, abogados, arquitectos... Es una labor que tenéis que hacer en favor de los demás."*

Le preguntaron cómo ser vibrantes en el apostolado, cómo debía ser el noviazgo cristiano, acerca de la importancia de las cosas pequeñas...Y docenas de cosas más.

Le hicieron esta pregunta entrañable:

-Padre, ¿por qué, a pesar de no conocerle, podemos llegar a quererle tanto?

La respuesta, entrañable a más:

"No hacéis más que corresponder, porque todos los días rezo por vosotros. Por vuestra felicidad terrena también; porque yo no amo vuestras almas sólo; amo también vuestros cuerpos, como las madres".

Sigue el diálogo vivo. Más adelante un residente le pregunta:

-¿Qué puedo hacer para que el estudio me acerque más al Señor?

Y el Padre: *-"Ofrécele tu trabajo, tu estudio. Y el día que no tengas ganas, con más ilusión... Y no te importe sacar tu pequeño crucifijo y ponerlo encima de la mesa".*

Otro residente quiere que le diga cómo se vive la generosidad en un Colegio Mayor.

-"Tú, haciendo la vida más agradable a los demás, la vida de familia... Quitales las preocupaciones, ayuda al que no pueda con su trabajo; suavemente, sin hacerle notar que le ayudas, ayúdale."

Las preguntas y las respuestas se suceden con viveza.

-¿Por qué quiere Vd. tanto a la Virgen?

-"Y tú ¿por qué la quieres tanto? Porque es la Madre de Dios y Nuestra Madre. ¿Quién será el malvado que no quiera a su madre? Nadie. Todos queremos a nuestra madre. Es justo que queramos a la Madre de Dios, que es Madre nuestra."

-¿Cómo podemos aumentar nuestra capacidad de querer?

-"Queriendo. Como aumenta tu capacidad de correr: corriendo. ¡Quiere!, y verás cómo querrás más cada día."

Recordó su venida a Sevilla en la Semana Santa de 1945 y su percepción del esplendor y de la devoción de un paso de Virgen:

-"Lo de menos eran las joyas, las luces: era el amor... ¡Qué amor tenéis a la Virgen aquí, hijos míos! Que Ella os bendiga y os guarde; que os haga limpios, que os haga rectos, que os haga alegres."

Y así un río rápido de preguntas y de respuestas cruzadas. Sobre lo divino y sobre lo humano. Las que surgían de los residentes entonces presentes como surgirían de los colegiales actuales en situación igual. Y las que brotaban del corazón del Padre en aquel reencuentro con la Residencia de Estudiantes que, ya viva en su corazón, consagró, en su oración ante Ella, a la Virgen de los Reyes.

La tertulia fue grabada. El texto transcrito nos evoca el cariño con que el Padre y los hijos de su oración convivieron aquella mañana de noviembre de 1972.

Del largo texto he entresacado algunos momentos concretos. Termino con este.

Le dice un colegial: *-"Padre, hablando en plata, ¿para qué tiene la Obra este Colegio Mayor?"*

Y el Padre: *-"Para hacerlos felices. Felices en la tierra siendo hombres de provecho y buenos cristianos. Hombres que procuran luchar contra sus debilidades, porque todos somos pecadores. Y así podáis lograr la felicidad eterna. Porque esta vida se escapa. Pero la vida es buena; ¡el Señor quiere que amemos la vida!"*

Desde el cielo y desde la tierra

El Padre está ya en el cielo. La Iglesia lo ha beatificado. Un buen número de los que fueron residentes y adscritos del Colegio Mayor Guadaira se nos fueron también. Aquí aprendieron a ser libres y a amar la vida, a santificar el trabajo y a llevar a vivir sus ideales humanos y cristianos a otros muchos. En especial y ante todo a los que fueron sus amigos en sus años de estudiantes y para toda la vida. Y luego a todos aquellos a quienes alcanzaron con su trato en la convivencia profesional y social. Ellos están también en el cielo. Desde allí nos acompañan.

Nos han dejado un formidable testimonio de vida. A los que aún laboramos en la tierra, unos ya de alta edad, otros de mediana y muchos otros de edad joven. Y, con alegría, nos sentimos comprometidos en el empeño de poner en rendimiento social la vida humana y cristiana que hemos aprendido a amar en el Colegio Mayor Guadaira.

Pero el espíritu y el testimonio de vida del Beato Josemaría y el ejemplo de los que fueron colegiales residentes y adscritos a lo largo de los cincuenta años que conmemoramos, son, muy especialmente, un reclamo, una llamada, una exigencia y desafío para los colegiales actuales y los que detrás de ellos vendrán. Nobleza obliga. El mismo espíritu que vivieron los que nos precedie-

ron en el Colegio Mayor lo estrenan ahora promociones y generaciones nuevas. Para llevarlo, si posible fuera, a más altas cumbres, a rendimientos más amplios, a realizaciones profesionales, sociales y espirituales en el mundo que les ha tocado vivir: un mundo distorsionado y, sin embargo, latido de una vitalidad humana y cristiana que sólo necesita, para hacer realidad todas sus posibilidades, hombres capaces y bien preparados. Hombres que se atreven a vivir en plenitud su vocación universitaria humana y su vocación cristiana. En toda la plenitud a que cada uno quiera generosamente atreverse.

Hoy son válidas, y en cada tiempo de la historia más, las palabras que el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer escribió -y para nosotros especialmente- en "Camino" (n.301):

"Un secreto. -Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

-Dios quiere un puñado de hombres "suyos" en cada actividad humana. - Después... "pax Christi in regno Christi", la paz de Cristo en el reino de Cristo."

El mismo espíritu que vivieron los que nos precedieron en el Colegio Mayor lo estrenan ahora promociones y generaciones nuevas. En las imágenes, tres momentos de la vida colegial distantes en el tiempo. Arriba, sala de estar del viejo Guadaira en 1955, con Florencio Sarmiento, Javier de Pedro y Juan Antonio Torres. Más abajo, tertulia de los años 60, y residentes del curso 94-95 tras el acto de apertura de curso. Por último, el primer Director Jesús Arellano, y los dos primeros Decanos, a la izquierda Manuel José Delgado Chaves, y a la derecha, Diego Domínguez Gómez Plana.



500
aniversario



EDITA: Colegio Mayor Guadaira.

DISEÑA: EL GOLPE. CREATIVOS S.L.

IMPRIME: ESCANDÓN S.A.

Universidad de Navarra
Servicio de Bibliotecas



UNIVERSIDAD DE NAVARRA



102632932

Colegio Mayor Guadaira

Paseo de la Palmera, 2

41012 Sevilla

tel (95) 461 41 00

Fax (95) 423 73 20